

AL C. BENITO JUAREZ,

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LA REPUBLICA MEXICANA.

Algunas veces he tenido la honra de impugnar la política planteada en el país por la administración de V. Y como esto me aleja naturalmente de la órbita del poder, cuando dedico á V. el presente bosquejo histórico, no podrá inculpárseme que adulo al primer magistrado de la nación.

Soy de la raza que solo ante los principios inclina la frente, y jamás ante los hombres.

Y mas que seré algunas veces muy severo al juzgar algunos de los actos del gobierno de V.

Pero hay un hecho que habla muy alto, y es, que cuantos han escrito sobre la intervencion, aun los extranjeros y hasta los franceses mismos, todos han con-

fesado á V. las altas dotes de un patriotismo sin mancha, y de una constancia heroica en luchar por la independencia de México durante aquellos años de angustia y de prueba.

El aplauso del enemigo es la ovacion mas honrosa que puede V. alcanzar.

Yo no podia, yo no debia ser mas injusto. Y menos cuando está en mi conciencia la conviccion de que esa épica lucha de los mexicanos contra el invasor, está identificada con todas sus glorias en el nombre de V.

La inmortalidad es un templo adonde solo llegan los hombres por las puertas del sepulcro: á V. ha tocado llegar á él, siendo el testigo vivo de su atto renombre.

En el monumento que alzen nuestros hijos en conmemoracion del triunfo de México luchando por su independencia, grabarán un nombre como la personificacion perfecta de esa gloria nacional. Ese nombre será el de BENITO JUAREZ.

Y ese nombre no podia yo escribirlo en la concha de la ostra, arrojándolo fuera del suelo emancipado de la Patria.

Tengo, pues, que escribirlo en la portada de mi pequeño libro, como un homenaje de la gratitud que debe la República á los que la hicieron libre y grande.

Reciba V., pues, ese homenaje, como las protestas de mi alta estimacion y respeto.

México, Agosto de 1870.

Hilarión Frias y Soto.

MÉXICO,
FRANCIA Y MAXIMILIANO.

RECTIFICACION

Á LA OBRA DEL CONDE É. DE KÉRATRY,

INTITULADA:

ELEVACION Y CAIDA DE MAXIMILIANO.

ACABA de leerse la obra del conde breton, del oficial francés agregado á la secretaría del general en jefe, y despues comandante en la contraguerrilla de Dupin.

De suerte que si comenzamos, como lo exige un buen análisis, por hacer la crítica de esa obra buscando los antecedentes de su autor, tenemos que confesar que este debe estar bien informado de los sucesos que narra: solo tenemos, pues, que reprocharle, la parte de apreciaciones y las omisiones voluntarias que haya cometido, tanto en los documentos que sirven de testimonio á sus asertos históricos, como en los hechos de que no hace mencion por lo que pudieran lastimar á los autores de ellos: si se ha de trancar la historia, es mejor no escribirla.

¿Pero es una historia la que ha escrito el conde E. de Kératry?

Nosotros creemos que esa obra tan elegantemente escrita, mas bien puede denominarse la apología del mariscal Bazaine, ó sea defensa del general en jefe, que la historia de la elevacion y caida de Maximiliano.

Carecemos de un dato evidente, ó de un documento irrefutable, para demostrar que el trabajo de que nos ocupamos ha sido inspirado por el mismo Bazaine: no procedemos mas que por presunciones ó por inducciones que suelen tener á veces el carácter de plena prueba.

En efecto, como acaba de verse, tal parece que la voz de Kératry se levantó haciendo la esculpacion de Bazaine arrastrado ante el tribunal de la opinion pública. Pero ese descargo tan oficioso como apasionado, tiene el gran inconveniente de no estar motivado por una acusacion formal y fundada.

Sofocada enteramente en Francia la expresion de la idea pública, apenas han podido cruzar la frontera algunos impresos americanos, en los cuales se hacian graves cargos al mariscal Bazaine. ¿Qué era, pues, lo que motivaba esa publicacion?

Pero estando imposibilitados para encontrar la etiología de su concepcion, continuemos haciendo su análisis.

Arrastrado Kératry por el calor de su oficiosa defensa, pensó que el mejor pedestal que podia levantar á su héroe el general en jefe, era el que formara con los restos de las destruidas reputaciones de los demás cómplices de esa loca empresa que se llamó la intervencion.

Así es que, para Kératry, criminal fué la Francia en la realizacion de esa obra, criminal el partido que la procuró y se ligó con la usurpacion, y criminal Maximiliano que con sus vacilaciones arrastró á la empresa francesa á un abismo, pagando su heroica debilidad en el cadalso.

Acaso solo sea esacto ese juicio respecto al gobierno francés.

Con los años trascurridos desde los fusilamientos de Querétaro hasta el momento en que escribimos estas líneas, la mano del historiador puede trazar su narracion con mas sangre fria.

La pasion de los contemporáneos no puede influir ya tanto hoy sobre el juicio histórico de ese drama nacional, como cuando estaba aún fresca la sangre mexicana vertida por los ejecutores del decreto de 3 de Octubre, y la sangre de la raza de Carlos V empapando el fortin del Cerro de las Campanas.

Dos sentimientos opuestos y llenos de un antagonismo eterno se agitaban entonces. Uno era el del partido liberal, trayendo frescas aún las heridas que hicieran en sus mártires y en su bandera las balas del extranjero; otro era el del partido conservador, que veia perdidas para siempre las esperanzas de su ambicion, á la vez que contemplaba el cadáver de su emperador tendido en la sala mortuoria de Capuchinas.

El primero, en medio de los himnos de su victoria, lanzaba un grito de maldicion contra los hermanos que se habian filiado en las columnas del extranjero.

El segundo, encaprichado en su derecho, en medio del despecho de la derrota, temblaba de indignacion al contemplar lo que era á sus ojos un increíble regicidio.

Hoy ambos sentimientos se han aplacado; es que el corazon mexicano no dá cabida á los ódios eternos é irreconciliables.

Hoy el partido nacional solo piensa en reconstruir el país, y pronuncia la palabra amnistía cuando se trata de los infidentes.

Estos por su parte no conservan sino un recuerdo lleno de ternura por el recuerdo de ese príncipe tan generoso y

tan bueno, que pagó su error y su ambición muriendo cuando estaba tan joven y tan lleno de vida, al pie de la bandera que había empuñado.

El rencor ha desaparecido: la historia de aquella época memorable puede hacerse ya con imparcialidad, y sin herir afecciones ni falsear el verdadero carácter de las cosas y de las personas.

De esa imparcialidad cuidaremos sobre todo en este pequeño trabajo.

Damos á este opúsculo la forma que tiene, porque siempre hemos creído muy cansado para el lector, cuando tiene que leer las notas puestas al fin de un libro, obligarlo á que tenga que consultar el texto á la vez que la rectificación.

Por eso rara vez se leen las anotaciones.

Y nosotros queremos que se lea nuestro trabajo, pues con ese fin lo hemos hecho.

Sin pretensiones, y solo obligados por el deber de rectificar los errores que ha cometido Kératry, nos presentamos con nuestro análisis en la mano, creyendo con fé en que si á nuestra vez se nos rectifica, también se nos concederá que nos ha inspirado el amor que tenemos á México, esa querida predilecta de nuestra alma.

PRIMERA PARTE.

LA INTERVENCION.

I.

Era el día 13 de Junio de 1867.

El que escribe estas líneas estaba sentado en un oscuro rincón del teatro de Iturbide de Querétaro, teniendo sobre sus rodillas un pedazo de papel blanco, y un lápiz en la mano, para tomar apuntes sobre el drama terrible que iba á representarse allí.

En efecto, en aquel lugar debía reunirse el consejo de guerra que debía juzgar á Maximiliano de Hapsbourg, y á sus dos generales Mejía y Miramon.

A las nueve de la mañana el consejo estaba instalado á la derecha del espectador: á la izquierda estaban los banquillos en que debían sentarse los acusados, y tras este sitio se encontraban los cinco abogados que iban á defender á los reos.

Entre los miembros del consejo estaban el asesor y el fiscal de la causa.